El número 2 de *Tempestad*, publicado el mes de junio de 1930, se inserta precisamente en un momento de duelo y desde el ala radical de la juventud estudiantil de Puno. De ahí que sus páginas arranquen con un texto zanjado en proyección educativa, «La Enseñanza i La Economía», suscrito como inédito, aunque más justo sería decir en homenaje póstumo, pues este ensayo de Mariátegui fue anteriormente difundido en la revista limeña *Mundial*, en el número del 29 de mayo de 1925. Churata, por su parte, escribe un texto no aún sobre Mariátegui, sino más bien un apunte que da cuenta de la nutrida elongación de cinco generaciones de escritores e intelectuales que se fueron cimentando en Puno y que se articulan aquí bajo el impulso categórico de ese otro «hombre de amanecer» llamado Arturo Peralta. / R. Ortiz

4 Generaciones de Puneños i la actual de Tempestad

Gamaliel Churata

Si en Puno tuviéramos el hábito de la observación –virtud de pueblos conscientes– ha tiempo se esclareciera el valor de sus hombres i dádoles la importancia a que tienen derecho. Observamos que la generación de muchachos a que pertenecen los escritores de *Tempestad* es una de las mejor condicionadas por su número i su inquietud. Estos muchachos no todos son estudiantes. Algunos provienen de los claustros carolinos, otros de la Universidad, otros de las oficinas, el comercio, la industria, etc. Pero poseen el sentido biológico de la cohesión i saben darnos ese fruto de unidad integral que es una revista. *Tempestad* revela muchos aspectos de suma importancia. Revela, en primer lugar, un alto concepto de la justicia i un denodado espíritu de combate. No quiero, ahora, referirme particularmente a nadie. Sus artistas nos hacen confesión exhultante de la belleza autóctona i prueban que en ellos también palpita el imperativo categórico de la tierra que en la nuestra ha dado frutos ya de todos sobradamente conocidos.

Las generaciones, según en concepto brahamánico, son emisiones del espíritu cósmico que llevan en sí el secreto de un mensaje. Este mensaje, a veces afecta a un interés teleológico, a veces se refiere a la epidermis de los acontecimientos. Unas tienen sentimiento universal, otras sentimiento local, exclusivo. Spengler determina en cantidades de tiempo i espacio la acción de estas karmas.

En Puno, intelectualmente considerado el asunto, se realizó este principio en la forma más nítida.

La generación a que pertenecieron Cornejo i Giraldo es, ciertamente, una de las más notables –en acepción mental– la más notable. Pero si Cornejo es un altísimo profesor, su labor no tiene una importancia nacional permanente. Sus discursos, nutridos como son, no sobrepasan los límites de una especialización. Ninguna doctrina se desprende de ellos. Es el repúblico burgués que se esfuerza por el trasplante de aquellas instituciones de derecho que producen excelentes resultados en Europa i que acaso serían beneficiosas al país. En dos tomos de nutrida sociología no pasan de seis veces las que menciona al Perú. De Puno recuerda la eficacia de las ranas en el tratamiento de algunas enfermedades indígenas. Don Santiago Giraldo, hechura del mecanicismo determinista, como Cornejo, es, como aquel,

un político. Sobre todo un político. Pero un político fraguado, acaso porque para su inmidad [sic] de intelectual austero se planteó la disyuntiva de votar por nuestra baraunda criolla o por el silencio definitivo. En Giraldo, sin embargo, hubo un intelectual de menor nemotecnia que Cornejo, pero seguramente de mayor originalidad.

(Un signo de la vacuidad intelectual del periodismo puneño se evidencia con motivo de la muerte de Giraldo. Ninguno de los diarios locales le dedicó más de veinte líneas, vacías por lo general).

Giraldo realizó labor de puneño. Giraldo sostuvo en Puno una editorial que se proponía la difusión de la historia intelectual del Siglo XIX. Este es un hecho de suma importancia, porque indica que Giraldo descubrió que la enfermedad puneña del liliputenismo es fruto, en primer lugar, de la pesada ignorancia de nuestros paisanos, originada, desde luego en el yoismo abstractista de sus intelectuales que nunca buscaron su conexión con el pueblo. En esta generación hay hombres como Isáac Deza, Adrián Solórzano, Celso Briones. Deza quería ser el patricio i fue un hombre con muchas virtudes de caudillo; Adrián Solórzano es la mentalidad más ágil de su generación i el prosista más estético. Mejor dicho, hasta la prosa de Solórzano en Puno no se tenía esta emoción del arte. Don Celso Briones es el poeta. Solórzano también lo es. Pero en Solórzano el poeta es el resultado del escritor, como en Briones el escritor es el resultado del poeta. En unas breves líneas como estas no se puede entrar en mayores análisis.

Federico More, Adrián Cáceres Olazo, José A. Encinas, Telésforo Catacora, Manuel Quiroga, Pastor Ordoñez, constituyen otro núcleo singularmente valioso. Después de Cornejo está Cáceres Olazo. Tiene del maestro tendencias a la dialéctica i ha producido páginas que revelan una severa disciplina i una mayor aptitud para el debate metafísico. Es el tipo del intelectual puro, del profesor, del universitario, que en nuestra generación corresponde a Emilio Romero. Cada uno de los escritores que he nombrado posee una personalidad. More, hasta antes del aparecido Mariátegui, fue el mejor prosista peruano, pero además es un estadista, i, por lo tanto, un creador. Encinas y Telésforo Catacora son los maestros. Acaso los primeros del país. Encinas es la capacidad ideológica más definida de esta generación. Encinas es en el Perú de hoy el tipo mejor facetado del maestro. Su ética severa i su «voluntad de poder» denuncian en él al héroe de Carlyle. Quiroga es el caudillo. A mi juico el primero que ha producido Puno. Es el motor del indigenismo, su más franca decisión beligerante. Junto a él deberían plegarse las fuerzas en potencia que realicen el plan histórico que la geografía, por decir lo menos, le depara al Kollao. Por algo en el bautizo titikaka, le ha tocado el turno del Katari. Pastor Ordoñez es, en este núcleo, el temperamento observador. Por eso es el etnólogo. I además un escritor con las cualidades precisas a un etnólogo que hace de su disciplina un arte, una categoría.

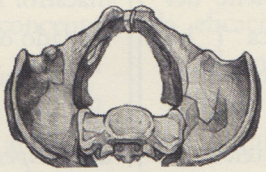
A los puneños anteriormente nombrados, les siguen Ernesto Jimenez, José Solórzano Castilla, Julián Palacios i Alejandro Franco Inojosa. Hay que declarar que en esta generación sólo Palacios revela una labor continuada, homogénea. Jimenez muere temprano i Solórzano no da todo el fruto que cabe esperar de él. Pero Palacios es un tipo del hombre superior. No hay que olvidarlo. Es aquello que Aristóteles exigía: un hombre. Cosa importante, grave e inapreciable en Indoamérica. Es natural que Palacios eligiera la Pedagogía como su mejor disciplina. Palacios no es un escritor, ni, por tanto, un polemista. Es un hombre, i por eso es un maestro. Después de Encinas en Puno no se ha dado otro maestro que Palacios.

Nuestra generación deviene porvenir más aún que las anteriores, como la generación de *Tempestad* deviene esperanza. En Romero

hemos dado un geógrafo i daremos un sociólogo, además del artista cuya confesión nos es conocida. Con Enrique Encinas damos un cientista serio. Con José M. Sierra un maestro también, el maestro proletario. De esta generación ha dicho Barbuse [sic], QUE ES DEPOSITARIA DEL PORVENIR DEL CONTINENTE INDOAMERICANO.

Yo veo en los muchachos de *Tempestad* acusados de gérmenes de un gran núcleo vital. Son más numerosos que nosotros i participan de nuestra inquietud. Por estas mismas razones, su responsabilidad es mayor.

Pero si tienen ventajas, tienen igualmente desventajas. Cornejo i su generación disfrutaron de un cuerpo de profesores alemanes que los iniciaron en la disciplina de humanidades. La de More, Olazo, Encinas, creció bajo la influencia de Gadea que fue un estudioso i un magnífico Director. Nosotros tuvimos a Encinas. Dentro de las incertidumbres de una anfibología consuetudinaria en materia de educación, los muchachos de hoy ni tienen maestros ni tienen disciplina. Son más que todo obra de ellos mismos. De su instinto de conservación. I esto no se tome a ofensa. Es una verdad que revela un mal de la nación antes que una desgracia puneña. Pero es Puno el Departamento que en el Perú sufre más por estas causas. Cuando el estudiante no posee comodidades de fortuna, acaba su MEDIA y su MEDIA no hizo más que ahondar su falencia de armas para la vida. Por este motivo nuestros muchachos o se resuelven por el tinterillaje sordo, o se ausentan. No tenemos un Seminario –uno solo– donde se reúnan los hombres con el fin de adiestrar la mente o el espíritu. La obra de pensamiento o de estética, por tanto, si se da, es el resultado de un súper esfuerzo i de una severa voluntad. No tenemos universidad. No la tendremos hasta tanto la construyamos nosotros mismos. I esta Universidad que reclamaríamos no sería una fábrica de jurisconsultos; sería una facultad de ciencias naturales i económicas. Cornejo que levanta su formidable cultura fuera de Puno, da un escritor que nada tiene de puneño, debido a que la influencia de San Carlos no llega al conflicto intelectual i es apenas afectiva. Se requiere, en un país como Puno, complejo i original, que el estudiante corone su profesión en el ambiente que lo reclama. Al debate social que hoy tiene el Perú como escenario no llevan los puneños sino una mínima participación; i este debate social del Perú, es, esencialmente, puneño...

Resumiendo. En cinco generaciones de puneños, perfectamente diferenciables, se constata una generosa aptitud i una completa ausencia de sentido social. La fenomenología establece que el ritmo histórico del mundo es en la actualidad económico. Así el intelectual que no puede llevar al terreno de la experimentación los resultados de su juicio, carece de élan histórico. Hay que fijarse que entre nosotros sólo Quiroga i Encinas sustentan en la práctica la teoría del claustro. Algo más, son los únicos en quienes la vida no rectificó el pensamiento, sino lo ratificó. Esta armoniosa consecuencia entre las categorías vitales, es lo único que fructifica i ennoblece.

Mi voto, por tanto, al escribir para *Tempestad*, es porque los muchachos que lo animan, asuman, directa i valientemente, su responsabilidad social. [sic]